

un senador porque se había dejado sorprender por su hija besando á su mujer.

Pero su infatigable actividad, si bien nacía del patriotismo, se alimentaba y enardecía con el rencor personal. Cuando estaba de cuestor en Sicilia, habiendo acusado al Africano de excesiva suntuosidad y de imitar demasiado á los Griegos, este lo despidió, diciendo: *No sé qué hacerme de un cuestor tan exacto: tengo que par cuenta de las empresas, no de los gastos.* No se olvidó Catón de este dicho, y cuando llegó el caso, exigió á los Escipiones estrecha cuenta de su conducta en la guerra contra Antíoco. Se podía decir verdaderamente que aquellos la habían hecho por su cuenta y propia voluntad, guerreando aun en los países donde el pueblo no había decretado que se entrase, arreglando á su gusto las paces; y ¿quién sabe las sumas que habían sacado al Asia y á los sucesores de Alejandro, enriquecidos con los despojos del mundo! Citado Escipion como reo de distracción de los caudales públicos, oyó la acusación, y en seguida subiendo á la tribuna: *Romanos, dijo, en este mismo día, con los auspicios de los dioses, vencí en África á Anibal y los Cartagineses. Subamos al Capitolio á dar gracias á los númenes, y á rogarles que nos concedan siempre jefes que se me parezcan.* Y todos, pueblo, tribunos, jueces y acusadores lo siguieron al Capitolio, proporcionándole así un triunfo aun mas señalado que los primeros, pero en el cual no eran Anibal ni Sifaz los vencidos, sino la santidad de las leyes republicanas. Después, habiendo acusado los tribunos á un hermano suyo, les quitó de las manos y rasgó los registros diciendo: *No rendiré cuenta de cuatro millones de sextercios, yo que hice entrar en el tesoro doscientos millones, sin conservar para mí otra cosa mas que el nombre de Africano.*

Últimos alientos del heroísmo patricio, que

antiguo su estilo, é ineultas algunas palabras, porque así se hablaba entonces; pero cambiadas, cosa que él no pudo hacer entonces, añadidas armonía, adornada mas el estilo... y entonces ninguno ciertamente podrá superar á Catón. » Cicero, *De oratore*, nº 17.

« Mas magnífico aun, por lo que tiene de mas universal, es el elogio que hace Tito Livio. « M. Porcio Catón superaba con mucho á plebeyos y patricios aun de las mas ilustres familias, y era de tan grande ánimo y tanto su ingenio, que en cualquiera condición en que hubiese nacido habría formado su fortuna. No hay arte alguna tocante al manejo de los negocios públicos y de los privados que él ignorase. Con igual cordura administraba los negocios de la ciudad que los del campo. Unos se elevan á los honores supremos por el estudio de las leyes; otros por la elocuencia; otros por la gloria de las armas; Catón tuvo un talento tan adecuado para toda arte, que se le habría creído nacido únicamente para aquella, cualquiera que fuese, á que se le veía dedicado. Valeroso en las batallas y célebre por muchas ilustres victorias, después de haber llegado á grandes honores, fué general supremo de los ejércitos: en la paz además era peritísimo en las leyes, y elocuentísimo en las arengas. Ni fué de aquellos que solamente en vida son dignos de grande aprecio, y que no dejan ningun monumento en pos de sí, antes bien todavía vive y es honrada su elocuencia, consagrada, por decirlo así, en los libros que compuso sobre todas materias. »

En Plutarco la vida de Catón representa el límite entre el antiguo modo de vivir italiano y el nuevo á la extranjera. Á los hombres prudentes no se les oculta qué clase de virtudes son las que se recomiendan á los jóvenes con la lectura de Plutarco.

cedía ante la preponderante voz popular. Escipion se desterró voluntariamente á Linterno, donde los tribunos no lo molestaron, pero tampoco solicitaron su vuelta, y donde al morir hizo poner en su tumba esta inscripción: *Ingrata patria, no poseerás mis huesos.*

Continuó la causa contra su hermano, y á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Catón y sancionada por el voto unánime de las treinta y cinco tribus, se declaró: que Lucio Escipion, por conceder mas favorables condiciones á Antíoco, había recibido de este seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata, además de las entregadas al erario; que á Hostilio, su legado, se le habían dado ochenta de oro y cuatrocientas tres de plata; y á C. Furio, cuestor, ciento treinta de oro y doscientas de plata. ¡ Tan lejanos estaban ya los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipion, que no se halló con medios para pagar la multa, parece una prueba de su inocencia; pero estaba dado el golpe á la aristocracia; y Catón cobró ánimo para continuar las investigaciones; de las cuales ¿quién podía librarse cuando los Escipiones habían sucumbido?

« Pero cuando una república está en las manos de un cuerpo como el Senado romano, poco importa que cambien los personajes, pues su caída es reparada pronto por otros. Y en verdad, ¿cómo esperar el mejoramiento de los individuos, cuando procedían del público los ejemplos de corrupción; cuando la severidad censoria no impedía á Catón proceder con política astuta é inmoral; cuando la cábala, el fraude, la traición y la violencia conculcaban ó eludían el derecho de las naciones? Dos enemigos continuaban todavía inspirando recelos á Roma: Anibal y Filipo; y mientras vivieran debía temer una liga general: por eso halagaba á Antíoco, á los Rodios, á la Acaya y á Eumenes, y espiaba cada paso de Anibal, infatigable en buscar enemigos á los Romanos. Dió oídos Prusias á este gran capitán, y gracias á él alcanzó una victoria sobre Eumenes. Entonces Roma envió á Flaminio, el libertador de la Grecia, á intimar á Prusias II que entregase á Anibal, el cual solo se libertó dándose la muerte el año mismo en que moría en Linterno su vencedor. Al morir decía el Cartagines: « Libertemos á Roma de tan grave cuidado, pues que tanta impaciencia muestra por la muerte de este odiado anciano. » Pero Flaminio obtendrá una victoria infame é indigna de aquellos antepasados suyos que dieron aviso á su enemigo Pirro del peligro en que estaba de ser envenenado. Su triunfo sobre un inerte viejo infamará á los Romanos en el porvenir. »

## CAPITULO XII.

Los Aqueos. — Segunda guerra macedónica.

Libres de este temor, comenzaron los Romanos á fomentar las enemistades en Licia contra

Muerte de Escipion Africano. 184.

Político

los Rodios, y en Esparta contra los Aqueos. Entre estos habían estallado las disensiones, eterna herencia de las repúblicas griegas; pero tuvieron la fortuna de tener al frente una serie de grandes personajes, como Arato, Cleomén y Filopémenes. Este último, natural de Megalópolis, en la Arcadia, educado en los campos, de manera sencilla y hasta vulgares, dormía en una miserable cama, y labraba sus campos con sus viñadores y gañanes, reputando este arte como el único modo honrado de enriquecer la familia, y dedicando lo que ganaba en la guerra al rescate de prisioneros. Por lo demás, se creía obligado á aumentar su patrimonio, porque decía que difícilmente se abstiene de lo ajeno el que no posee nada suyo. Se complacía en las discusiones y en la lectura de los filósofos y de Homero, cuyos libros excitaban su imaginación y estimulaban su valor. Cuando se hallaba en marcha ó acampado, proponía á los soldados que discutiesen qué partido tomarían en el caso de ser sorprendidos en aquella posición. Nombrado general de la caballería aquea, lleno del valor y de la experiencia que faltaban á Arato, mejoró los ejércitos, enseñó á combatir á pie firme, varió los escudos y las lanzas, dió celadas, corazas y canilleras, encaminando la afición al lujo á cosas de utilidad para el armamento guerrero, de suerte que las mujeres hacían cimeras, cotas y gualdrapas. Sabía asimismo dirigir las intrigas políticas, y sostener la dignidad de la liga, cuando ya Roma manifestaba sus pretensiones (1).

Mientras que el intento de los Aqueos consistía en comprender en la liga todo el Peloponeso, las varias ciudades de este, principalmente Mesene y Esparta, con su deseo inconsiderado de independencia, solo se cuidaban de intereses personales. Macánidas, que se había hecho tirano de Esparta, amenazaba la libertad de los demás pueblos, por lo cual lo atacó Filopémenes en Mantinea, y le dió la muerte. En breve lo substituyó Nábis, que ejerció una implacable tiranía por espacio de catorce años. Á este también le hizo la guerra Filopémenes, y habiendo libertado á Esparta, la unió á la liga. Agradecida Lacedemonia, decretó que se ofreciesen á Filopémenes ciento veinte talentos, producto de la venta de los bienes de Nábis; pero era tan conocido su desinterés, que ninguno quiso encargarse de llevarselos, hasta que al cabo se presentó su amigo Timolao, quien viendo de cerca la austera sencillez del general aqueo, no se atrevió al principio á hacerle la oferta. Cuando después se la hizo, Filopémenes le escuchó en silencio y tomó con él el camino de Esparta, donde dió las gracias á los ciudadanos, y les aconsejó que empleasen aquel dinero en comprar á los que agitaban al pueblo en su ciudad, porque era mejor cerrar la boca á un enemigo que á un amigo como él.

Pero la Liga se resentía ya demasiado del in-

(1) La vida de Filopémenes está en Plutarco tomada casi en su totalidad de la que se ha perdido de Polibio.

flujo romano. Habiendo surgido discordias con Mesene y con la Elide, se interpuso Flaminio, apaciguó las divisiones, y comparando la federación aquea á una tortuga, poderosa mientras está guarecida bajo su concha, pero en peligro si saca la cabeza ó los pies, la persuadió á que concediese á los Romanos la isla de Zacinto que acababa de comprar. Estos desde Cefalonia, posesión suya, podían llegar en breve al Peloponeso; y de allí precisamente acudió el pretor Fulvio Nobilior para sosegar otras disensiones y disponer las cosas á gusto del Senado romano. Mas serios motivos de enemistad surgieron con Esparta. Habiendo esta inquietado á sus emigrados que estaban bajo la protección de los Aqueos, Filopémenes aprovechó la ocasión para humillarla; é invadiéndola, hizo matar cruelmente á ochenta, y algunos dicen trescientos cincuenta Espartanos; desterró á los que habían recibido de los tiranos el derecho de ciudadanía; vendió á los que no le obedecieron, y con el precio edificó un pórtico en Megalópolis; y por último, obligó á los restantes á derribar las murallas, á recibir colonos de Acaya, á abandonar las instituciones de Licurgo, y á educar á sus hijos según las costumbres aqueas.

Creyéndolo la principal fuerza de la Liga, envió Filipo gente encargada de matarlo, pero no lo consiguió. Habiéndose rebelado después Mesene, Filopémenes, aunque sexagenario, fué enviado para someterla; pero cayó en el combate, y hecho prisionero por los Mesenios, lo condujeron en bárbaro triunfo á su ciudad, y después lo condenaron á beber la cicuta. Filopémenes la bebió tranquilamente: preguntó al verdugo qué había sido de su ejército, y al saber que había quedado vencedor, *Buenas nuevas*, exclamó, *si no se ha echado todo á perder.*

Y murió en paz: pero Mesene fué castigada severamente por Licórtas, su sucesor, que guió á la juventud aquea, sumamente ansiosa de vengar al gran capitán. Con Filopémenes había sucumbido, sin embargo, el último de los Griegos; y los Romanos formaron fácilmente una facción suya entre los Aqueos, sobre todo desde que el vil Calícrates, vendiéndose á ellos, comenzó á preparar por medio de la corrupción la ruina de su patria.

Poco tardó también Filipo de Macedonia en reparar que las consideraciones obtenidas de los Romanos provenían únicamente del temor de hacérselo enemigo interin tenían en perspectiva el poder de Antíoco. Aquel rey, que por las circunstancias y por su talento parecía llamado á representar un papel señalado en la suerte de la Grecia, no supo aprovechar la ocasión, ni ser enteramente bueno ó malvado por completo; vió disiparse todos sus proyectos como el humo, y casi no mostró habilidad mas que en parar los golpes.

Quando Roma le ordenó que desistiese del asedio de Lamia, le había permitido en compensación que extendiera sus conquistas por la Atamania, la Tracia y la Tesalia. Allí expulsó á

Filopémenes.

Muerte de Filopémenes. 185.

Macedonia. 185.

los habitantes de las ciudades principales, señaladamente de las marítimas; trasladó los vencidos á Macedonia, y cometió otros actos de violencia, contra los cuales sus víctimas dirigian continuas reclamaciones á Roma y á los comisarios puestos para espiarlo. Irritado Filipo de la ingratitud de los Romanos, cuyas miras habia servido demasadamente contra los Etolios, y que á la sazón le negaban los honores y derechos concedidos á Euménés, no experimentaba otro sentimiento mas que el de la venganza, ni otro afán sino el de restablecer su mutilado poderío. No se sentia bastante fuerte para declarar la guerra; pero ya dejaba escapar palabras amenazadoras, ya exigía nuevas gabelas sobre las mercancías de los Romanos, ó no hacia partícipes á estos de los privilegios de los demas extranjeros; y al fin, por odio á los Romanos, hizo exterminar á los habitantes de Maronea.

Entónces Roma, aun cuando era rey independiente, lo citó á que se justificase, y Filipo se vió obligado á enviar á su hijo Demetrio, en consideracion al cual únicamente, declaró el Senado que le dejaba la corona, con tal que se limitase á los antiguos confines de la Macedonia.

Mientras estuvo Demetrio en rehenes en poder de los Romanos, se cautivó el corazón de todos; y como al mismo tiempo era muy querido de sus súbditos por su bondad y talento, se atrajo el odio de Perseo, su hermano mayor, que temiendo fuese un obstáculo á su reinado, lo hizo tan sospechoso á su padre, que este lo condenó á muerte: primer asesinato doméstico en la descendencia de Antígono el Grande, alabada hasta entónces por su amor filial. Perseo mostró un vil regocijo en esta ocasion, y Filipo conociendo que habia sido engañado, cayó en una extremada melancolía que lo condujo al sepulcro.

Perseo, que sucedió á su padre con capacidad poco menor, se encontró entre las manos los medios que este preparaba hacia tiempo para combatir á Roma: pingüe erario, poblacion crecida, sujeta la mayor parte de la Tracia, semillero de valientes, y los Dárdanos limitrofes, gente inquieta é indomable con la dulzura, enfrenados con la inmigracion de los Bastarnos, raza de Celtas, que estaban prontos á seguir al nuevo rey á Italia. Y á Italia lo invitaban en efecto las guerras, no grandes, pero continuas, que desangraban á Roma, cuales eran las inextinguibles de España y la Liguria, indóciles siempre al yugo extranjero y las suscitadas en la Istria, en la Córcega y la Cerdeña.

Pero de estos Bastarnos, que á la muerte de Filipo aun estaban en camino, parte retrocedieron, parte fueron rechazados por los Tracios, y solo treinta mil se fijaron en la Dardania. Conocia Perseo que eran no ménos infieles aliados que peligrosos enemigos: veía en tanto aumentarse en la opinion y en la realidad el poder de Roma, por lo cual disimuló al principio su avaricia y ambicion, y puso su corona á los piés

del Senado, declarando que solo de él queria recibirla. Con las frecuentes audiencias que daba, con su generosidad y su justicia, hizo creer á los Macedonios que habia vuelto el tiempo de los antecesores de Alejandro; mientras tanto procuraba restablecer la superioridad de la Macedonia, haciéndose con la amistad de la Grecia, mostrando clemencia y moderacion, interesándose por los pobres y protegiéndolos contra los ricos, partidarios de Roma; hizo amistad con los Rodios, dió su hermana á Prusias, contrajo matrimonio con Laodicea, hija de Seléuco, rey de Siria, y en todos buscó apoyo contra los Romanos.

Con tal objeto envió embajadores á Cartago, que fueron recibidos allí de noche, en un templo, entre las formidables ceremonias de una austera religion y de una sombría aristocracia. Concluyó ademas tratados de alianza con los Tracios, obligándolos á suministrarle tropas en cualquier urgencia, y reunió enormes sumas y víveres para alimentar por muchos años al ejército, cuyo número aumentó hasta treinta mil infantes y cinco mil caballos.

Los Griegos, que ántes habian colmado de honores á Euménés, rey de Pérgamo, á la sazón se apartaron de él para unirse á Perseo, representante de la causa nacional; pero no lo favorecian sino en secreto, porque en primer lugar la vigilancia y las intrigas de los agentes de Roma tenian en sujecion á los Aqueos; ademas los Etolios, empleando las armas contra sí mismos, se habian incapacitado para intentar nada; lo mismo habia sucedido á los Acarnanios; y por último, la liga de los municipios de la Beocia habia sido aniquilada por Roma.

Despechado Euménés, tuvo la vileza de denunciar á Perseo á Roma; pero estuvo á punto de pagar la delacion á manos de cuatro asesinos enviados por aquel. Perseo, acusado de este crimen, y de haber meditado envenenar á los primeros ciudadanos de Roma, en vez de descender á justificarse, echó en cara á los Romanos lo mal que se conducian con los reyes y las repúblicas, rompió su alianza, y aceptó la guerra ántes que Roma estuviese bien preparada para ella.

Euménés de Pérgamo, Antíoco de Siria, y el Egipto, eran partidarios de los Romanos; con Perseo se hallaban los Ilirios, los Rodios y los moradores de toda la Grecia; Prusias permaneció neutral; y si Perseo hubiese conducido las hostilidades con ardor igual á las amenazas, habria hecho muy difícil la victoria para sus contrarios. Pero á la primera aparicion del ejército mandado por el cónsul Licinio Craso, hizo proposiciones de paz; Roma las acogió, y con una tregua mañosa dejó disipar el primer ardor, ganando tiempo para adquirirse amigos ó súbditos. Sin embargo, cuando vinieron á las manos, causó Perseo á los Romanos la mas terrible derrota que en cuarenta años habian experimentado; y si entónces hubiera proseguido la victoria y acometido con la falange el campo

romano, acaso habria concluido la guerra, tanto mas cuanto que los Griegos se agitaban en todas partes bajo sus mal disimuladas cadenas. Perseo, por el contrario, siguiendo un sistema defensivo, bien calculado verdaderamente, pero que no sirve en los casos supremos, como no sirvió con Antíoco, dejó escapar la ocasion, y despues pidió con reiteradas súplicas la paz al cónsul, deshonrándose á sí propio, y desalentando á los que le eran fieles. Tambien Euménés, cuando lo vió prosperar, se le ofreció por amigo si le pagaba una suma enorme, y por mediador con los Romanos si le daba otra. Perseo condujo en secreto las negociaciones, pero al concluir el tratado negó la suma, esperando que los Romanos se enterarian del negocio, y Euménés se veria obligado á concluirlo por salvarse. Adivinó lo que habia de acontecer, y los Romanos mostraron hácia Euménés el desprecio y el odio que les inspiraban todos los reyes; pero Perseo no obtuvo ningun provecho. Importándole bastante tener en su favor la Iliria, único lado por donde podian penetrar los Romanos en la Macedonia, envió proposiciones al rey Gencio, para que hiciese causa con él, y este las aceptó bajo la condicion de que le enviase inmediatamente gran cantidad de dinero. El oro habia llegado á ser el único móvil de las acciones y de las armas; pero todos sabian cuánto habia acumulado Perseo, y todos debian ver cuánta y cuán intempestiva era su avaricia. Sublevóse Gencio contra los Romanos, y creyéndolo Perseo bastante comprometido, le negó el dinero ofrecido, y no apoyó sus esfuerzos; de manera que aquellos pudieron exterminar su reino y su familia, sin que Perseo se aprovechase de modo alguno de esta circunstancia. Clóndico, jefe de los Bastarnos, le llevó diez mil Galos, que molestando la Tesalia, podian distraer á los Romanos de la Macedonia; pero rehusándole Perseo la suma prometida, se volvió á su país, devastando á su paso la Tracia.

Así empeoraba él mismo su obra cuando en mejor estado se hallaba. Euménés, Prusias, y los Rodios, que estaban de su parte, se contentaron con enviar embajadores á Roma, la cual los acogió con desprecio, haciéndoles comprender cuán severa se mostraba con sus hechuras, y que sería insensata la pretension de tener la balanza entre ella y la Macedonia. Resueltos al contrario los Romanos á terminar con un gran esfuerzo aquella empresa, armaron cien mil hombres, y dieron su mando á Paulo Emilio.

Habiase formado este general en las tremendas guerras de España y de Liguria; pero como conservase toda la altanería de la antigua aristocracia, despechado el pueblo le negó el consulado, y hacia mucho tiempo que no lo empleaba. Viéndose á la sazón elegido, manifestó en público que comprendia que la sola necesidad habia determinado al pueblo á su eleccion; que por tanto no se mezclase este en

la manera con que conduciria la guerra; que los soldados tuviesen listos los brazos y afiladas las espadas; que de lo demas no hablasen ni diesen su parecer, y que él tendria cuidado de todo.

Habiéndose puesto en marcha, pasó el monte Olimpo, y en la batalla de Pidna tuvo que admirar los esfuerzos de la poderosa falange macedonia, que estuvo á punto de desbaratarlo; pero el eclipse que aterró á los soldados de Perseo, pareció indicar la desaparicion del reino de Alejandro. Emilio venció: veinte mil Macedonios, de cuarenta y cuatro mil que eran, se hicieron matar combatiendo; once mil quedaron circunvalados y hechos prisioneros, y herido Perseo, se lanzó sin coraza en medio de su falange (1), desmintiendo la acusacion de cobardía que los historiadores romanos le hacen.

La Macedonia se mostró digna de sí misma en su último día; pero aquel reino, apoyado únicamente en el ejército, pereció con el ejército, y en dos días quedó sometido Perseo, que habia disgustado á sus amigos, inculpándolos y castigándolos por sus propios errores, y que no depuso su avaricia ni aun en aquellos aciagos momentos, pudo huir llevándose detras su indivisible tesoro. Habiéndose refugiado en el veneradísimo templo de los Cabires en Samotracia, pidió entrar en negociaciones con el cónsul; pero abandonado de los suyos, y habiéndole robado los tesoros un astuto Cretense, tuvo que rendirse al vencedor. Este lo recibió rodeado de sus oficiales con toda la solemnidad latina; le echó en cara su conducta pasada; pero concluyó prometiéndole la clemencia de los Romanos, y volviéndose despues á sus oficiales, les mostró aquel insigne ejemplo de la volubilidad de la fortuna, diciéndoles que el verdadero valor consistia en no ensoberbecerse en los sucesos prósperos, ni dejarse abatir por los adversos.

La Macedonia fué declarada libre, y dividida en cuatro gobiernos, cada uno con leyes particulares. Decretóse que ningun Macedonio pudiera casarse ni comprar tierras fuera de los límites de su gobierno; que laboreasen las minas de hierro y de cobre, pagando á los Romanos la mitad de lo que pagaban á su rey; que no pudieran vender maderas de construccion; que recibirian leyes del vencedor; que se establecería un Senado con autoridad soberana, y que los grandes señores, con sus hijos mayores de quince años, y todos cuantos habian ocupado una posicion elevada cerca de los monarcas, fuesen conducidos á Italia.

Esto se llamaba libertad. Paulo Emilio, despues de haberla solemnizado con espléndidos juegos, quemado las armas que no podian servir para el triunfo, muerto á los pocos que se conservaron fieles á Perseo, y saqueado las ciudades de Epiro que lo habian favorecido, volvió colmado de gloria á Italia, y llevando

(1) Plutarco se apoya en la autoridad de Posidonio, que estuvo en la batalla.

Batalla de Pidna 22 de junio. 168.

167

entre sus prisioneros á Gencio, rey de los Ilirios, y á la familia de Perseo. Cuando este le suplicó que le evitase la infamia de ser llevado tras el carro triunfal: *En tu mano está*, le contestó el vencedor; pero no tuvo Perseo valor para matarse, y adornó con su desgracia el triunfo mas espléndido que hasta entónces se había visto. Tres días duró la solemnidad: en el primero, mil doscientos carros llevaban los escudos de plata macizos, otros tantos los de bronce, trescientos las lanzas, los sables, los arcos y los dardos, precedidos de hombres con las armaduras de bronce ó con las estatuas, y seguidos de ochocientas angarillas cargadas de armas de todas clases. En el segundo día se presentaron mil talentos acuñados, dos mil doscientos en barras, una infinidad de copas, quinientos carros de imágenes y estatuas, y luego escudos de oro y muchas estatuas de las galerías reales. En el tercero se sacaron ciento veinte hueyes blanquísimos, doscientos veinte vasos de plata, una olla de diez talentos de oro, cubierta de piedras preciosas, y otras diez de alhajas también de oro; dos mil dientes de elefante de tres codos; una carroza de marfil incrustada de oro y piedras, un caballo con los jaeces cubiertos de perlas, y lo restante del arnes de oro; una cama también de oro con cobertores bordados de ramos; una litera igualmente de oro y púrpura; cuatrocientas coronas regaladas por las ciudades, y en un admirable carro ebúrneo el triunfador (1). Detrás de él iba Perseo vestido de negro, rodeado de doscientos cincuenta amigos, todos encadenados, de dos hijos y una niña, á la cual los conductores enseñaban á tender las inocentes manos al pueblo romano para invocar su compasión, ó mas bien para lisonjear su vanidad mostrándole á qué miseria podía reducir á los monarcas.

Muerte de Perseo.

Después el último rey de la Macedonia fué arrojado á un hediondo y tenebroso calabozo, donde se encerraba á los reyes hasta el momento del suplicio. Siete días le dejaron allí sin alimento, tanto que los demas prisioneros compadecidos dividieron con él la escasa comida que los carceleros les echaban en medio de las inmundicias, y le ofrecieron además un lazo y un cuchillo; pero tampoco se atrevió á renunciar á la vida. Paulo Emilio, por humanidad, ó por respeto á la desventura, obtuvo del Senado que se le trasladase á mejor residencia, donde al cabo de dos años sus guardas se entretuvieron bárbaramente en quitarle el sueño, hasta que fatigado, murió. El único hijo que le sobrevivió ganó la vida en el oficio de tornero, y después fué escribiente de los magistrados en Alba.

Poetas, historiadores, oradores, elogiaron que en el último de los Eácidas se hubiese vengado á los antepasados de Troya (2), y ensalzaron la

Triunfo de P. Emilio.

467.

464.

(1) DIONORO EN SINCELLO.

(2) *Ille triumphata Capitolia ad Alto Corintho*

gloria del gran pueblo, que humillaba á los soberbios y perdonaba á los vencidos.

### CAPÍTULO XIII

Consecuencias de la guerra macedónica.

La Macedonia, pues, no perdió la libertad, esto es, no fué reducida á provincia, siguiendo los Romanos la política adoptada en aquella empresa. La Iliria, sojuzgada en treinta días por el pretor Anicio, fué tratada de igual modo y lo mismo el Epiro, al cual se intimó que entregase al erario todo el oro y la plata; por último, setenta ciudades, donde habían entrado los Romanos con el pretexto de expulsar á las guarniciones extranjeras, fueron desmanteladas, y se pusieron en venta ciento cincuenta mil prisioneros. Un decreto del Senado anunció al mundo esta nueva magnanimidad, señalando á todos los ejemplos de la Macedonia y la Iliria como prueba de que Roma estaba dispuesta á reivindicar sus derechos devolviéndoles la libertad.

Se había reservado el Senado al fin de la guerra castigar no solo á los que habían sido contrarios á su causa, sino también á los que se habían mostrado menos celosos en sostenerla. En este concepto había experimentado Ródas igual suerte que el Epiro, si Caton no hubiese osado poner un dique á tan arrogante pretension, diciendo que la única intencion de aquella gloriosa república marítima había sido conservarse independiente, y que si había deseado la victoria de Perseo, tal debía ser el voto de todo el que atendiese á su propio bien, y viese en la caída de aquel la servidumbre comun. ¿Y qué? continuó: ¿castigaréis la voluntad? Pero vosotros ¿cómo os conducís cuando os interesa? ¿Decís que son soberbios? ¿Os disgusta que los demas lo sean como vosotros? Con semejante franqueza obtuvo que Ródas fuese privada solamente de los derechos sobre la Siria y la Caria, que se le había dado de los despojos de Antíoco; porque esta república, semejante por tantos conceptos á Venecia, se perjudicó como aquella por querer posesiones en tierra firme, las cuales prepararon su ruina.

No nos separaremos de ella sin recordar el desastre que la alcanzó en 227. Graves convulsiones agitaron la naturaleza, alzaron del mar una nueva isla en las Cícladas, y causaron tal sacudimiento en Ródas, que destruyeron su puerto, las dársenas, los palacios, é hicieron pedazos su admirable coloso. Los Rodios sin embargo tenían tantas relaciones en el exterior, y habían adquirido tal importancia, que sin rebajarse, antes bien manejándose hábilmente, indujeron á los príncipes y á las ciudades á in-

*Victor aget currum, cosis insignis Achivis.  
Eruct ille Argos, Agamemnoniasque Mycenae,  
Ipsumque Aacidem, genus armipotentis Achillei;  
Ultus avos Traja, temerataque templa Minervæ.*  
Virg., *Æn.*, VI.

demnizarlos de los daños. Hieron y Gelon de Siracusa contribuyeron con sesenta y cinco talentos de plata, cinco para el aceite necesario á los ejercicios de la palestra, calderas y cántaros de plata para el mismo objeto, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para los pobres, y cincuenta catapultas de tres codos. Declararon además exentos de derechos á todos los Rodios que llegasen á su reino; y como para manifestarles su gratitud por haber aceptado sus socorros, erigieron en el mercado de Ródas dos estatuas que representaban á aquel pueblo coronado por el Siracusano. Tolomeo les ofreció trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera para construir seis bajeles de cinco órdenes de remos y diez de tres, estopa y tela para el servicio de estos, y veinte mil medidas de trigo para proveer diez triremes, además de doce mil que les dió con motivo de los espectáculos. Aparte de esto ofreció también tres mil talentos de bronce para refundir al coloso, cien arquitectos y trescientos cincuenta operarios, pagados mientras fuera menester hasta restaurar los edificios. Antígono envió tres mil vigas para techumbre, muchísimas tablas para tabiques, valor de tres talentos en hierro, de mil en brea y otros tantos en resina y ciento de plata; á lo cual añadió su mujer Criséida cien mil modios de trigo y tres mil talentos de plomo. Seléuco, padre de Antíoco, concedió varias inmunidades á los Rodios que llegasen á sus Estados, y les remitió diez naves de cinco órdenes de remos, doscientas mil medidas de trigo, cinco mil codos de madera de construcción, resina y estopa para calafatear las naves. Igual generosidad mostraron Prusias, Mitridates y otros señores del Asia, y aun mas las ciudades; «cuyas cosas hemos referido (dice Polibio), primeramente para mostrar la magnificencia de los Rodios en las instituciones públicas, cualidad que los hace dignos de elogio y de imitación; en segundo lugar para dar á conocer cuán mezquinos son hoy día los dones de los reyes y cuán poco reciben de ellos las naciones y las ciudades; y últimamente, para que los reyes que se alargan á dar cuatro ó cinco talentos, no crean haber hecho gran cosa, ni pretendan obtener de los Griegos la benevolencia y el honor que tuvieron los antiguos monarcas; y para que las ciudades, considerando la magnitud de los dones pasados, no remuneren desmesuradamente los pequeños y miserables de hoy con tan grandes y solemnes honores.» La ingratitude del Senado de Roma con los Rodios alcanzó también á Eumenes, pues habiendo concebido recelos de su prosperidad y engrandecimiento, lo miró con desprecio amenazador, y al cabo le quitó la corona para dársela á su hermano, Átalo II.

457.

Prusias, á quien le costaba poco envilecerse, fué en persona á justificarse con la cabeza afeitada y el birrete de los libertos, y postrado de hinojos en los umbrales de la curia, exclamaba: *Salud, oh númenes conservadores; aquí*

*tenéis á un liberto vuestro, pronto á obedecer cualquiera orden.* Con esta abyeccion, y con dejar en rehenes á su hijo, conservó la corona.

También Masinisa de Numidia envió á su hijo á quejarse al Senado de dos cosas: la primera de que hubiese implorado de él socorros, cuando tenía el derecho de exigirselos; y la segunda de que hubiese querido pagarle el grano suministrado, cuando la propiedad de su corona pertenecía al pueblo rey, bastándole á él el usufructo.

Estas y otras viles embajadas fomentaban el insolente orgullo de los Romanos, que desde aquel momento concibieron la idea de convertirse en señores del mundo, renunciando al papel de árbitros que habían desempeñado hasta entónces.

Á este pensamiento subordinaron sus negociaciones con los demas sucesores de Alejandro, esforzándose en buscar toda clase de medios para debilitarlos durante la paz, á fin de que no pudiesen defenderse cuando se les hiciera la guerra. Ocho años tenía Tolomeo V cuando le envió Roma embajadores, dándole las gracias por el constante afecto que el Egipto había mostrado á la república aun en sus desastres, y anunciándole la paz celebrada con Cartago (página 264). Los tutores de Tolomeo aprovecharon la ocasion para someter al rey niño á la tutela del Senado romano, que la tomó de buen grado. Marco Lépidio, destinado á este cargo, lo confió al Acarniano Aristómenes, hombre tan versado en los negocios como prudente y fiel: pero el Egipto había ya perdido las posesiones de la Siria, conquistada por Antíoco III, si bien este las había ofrecido en dote á su hija Cleopatra, prometida esposa del joven rey (1). Tolomeo, luego que á

Tolomeo Epifanes.

201.

198.

(1) Pertenece á este tiempo la columna de Rosetta, que hemos descrito en otra parte. (Pág. 264.) En honor de Tolomeo Epifanes dieron los sacerdotes en Méfis este decreto: En el año noveno, del mes de mehir (marzo, 196), los pontífices y profetas, los que entran en el santuario para vestir á los dioses, los pteróforos, los hierogramatas y todos los demas sacerdotes, que de todos los templos situados en el país han llegado á Méfis cerca del rey para la solemnidad de la toma de posesion de esta corona, que Tolomeo siempre vivo, el predilecto de Ftá, dios Epifanes, graciosísimo príncipe, heredó de su padre; hallándose todos reunidos en el templo de Méfis, han pronunciado en este día el siguiente decreto:

«Considerando que el rey Tolomeo siempre vivo, el amado de Ftá, dios Epifanes, bondadosísimo, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Filopatores, ha hecho toda clase de beneficios á los templos y á quienes en ellos moran, y en general á todos cuantos están bajo su dominio; que siendo dios hijo de un dios y de una diosa, como Horo, hijo de Isis y Osiris, vengador de Osiris su padre, y anheloso de señalar generosamente su celo por las cosas que conciernen á los dioses, consagró al servicio de los templos grandes rentas, tanto en dinero como en grano, é hizo considerables gastos para restablecer la tranquilidad en Egipto y erigir en él templos;

«Que no ha omitido medio que estuviere en su poder para ejecutar actos de humanidad; que con el objeto de que durante su reinado el pueblo, y en general todos los ciudadanos, viviesen en la abundancia, abolió enteramente algunos tributos é impuestos establecidos en Egipto y disminuyó el importe de otros; que además perdonó cuanto se le debía de los derechos de regalia, tanto por parte de sus súbditos del Egipto, como de los naturales de sus demas reinos, aun cuando por su cantidad no fuesen insignificantes tales derechos; que puso en libertad á los que habían estado encareados y por mucho tiempo sujetos á juicio;